

Editorial

Acercarse a la muerte, desde nuestra cultura, no es fácil. Se trata de reconocer la finitud humana, nuestra máxima vulnerabilidad y, quizás, nuestra intrascendencia, pero también nos reivindica en nuestra dignidad y nos reconcilia con el sentido de la vida, la de cada uno de nosotros.

La muerte se puede mirar desde diferentes lugares: desde la antropología, la filosofía, la medicina, la ética y, también, desde lo social.

Si pensamos que el trabajo social nació tocando de pies a tierra, a partir de la acción y el contacto directo con los problemas de la vida cotidiana, es fácil entender que la enfermedad y la muerte, como parte de esta cotidianidad, también son objeto del trabajo social.

En este número hemos intentado recoger estas y otras miradas. Partiendo de las diferentes maneras de entender la muerte a lo largo de la historia de la humanidad, conectamos con la propia vivencia de la muerte a través de las palabras de aquellos que están en contacto con ella.

En las páginas siguientes se reflexiona sobre las virtudes de los profesionales que acompañan a las personas al final de su vida; sobre el derecho, legal y moral, a escoger cómo morir; sobre los modelos de intervención social en el proceso de morir; el cuidado de los profesionales, y otras muchas cuestiones que no hemos querido obviar (la vivencia de la muerte en los niños, el suicidio y el duelo, entre otras). También encontramos experiencias concretas centradas en el día a día de una residencia donde la muerte no se puede esconder, recuperamos la contrastada experiencia de los equipos PADES, exploramos el abordaje de la enfermedad avanzada que hacen los trabajadores sociales desde la atención primaria de salud, conocemos qué puede aportar la mirada del trabajo social a una empresa funeraria y acogemos la reivindicación del derecho a una muerte digna mediante los movimientos asociativos.

Pero de manera especial, hablamos de trabajo social. El trabajo social tiene una larga trayectoria en el acompañamiento a personas en fase avanzada de enfermedad, en situaciones de curas paliativas, en la atención a sus familiares, en apoyo al duelo. Trabajar con estas realidades requiere fortaleza personal y técnica, la una sin la

otra no es suficiente. Las aptitudes personales son fundamentales pero también lo es un buen entrenamiento en técnicas de comunicación, en trabajo en equipo, el conocimiento de la evolución de las diferentes enfermedades, identificar el momento y el ritmo adecuado de cada intervención, entre otras especificidades. Todo esto nos lo explican algunas trabajadoras sociales pioneras y con amplia experiencia de trabajo al lado de la muerte.

La lectura de cada uno de estos artículos no nos dejará indiferentes, nos hará conectar con nosotros mismos a nivel personal y profesional. Esta ha sido la vivencia del equipo de redacción durante los meses que hemos dedicado a construir este número y por ello queremos agradecer a todos los autores, personas sabias y expertos de reconocido prestigio, que nos hayan regalado esta experiencia que ahora compartimos con todos vosotros.

Los artículos que presentamos tienen alma, incluso los más técnicos. Están escritos con respeto y amor a las personas. Posiblemente por eso esta revista nos conecta desde la emoción con personas que hemos querido y que han muerto, con familiares, amigos, compañeros de trabajo a los que echamos de menos como homenaje a la vida que vivieron y que compartieron con nosotros. Morir no es fácil (tendría que serlo pero no lo es), acompañar a quien está muriendo tampoco, pero es un honor y un privilegio poder estar a su lado y aprender de ellos.

Permitidnos que dediquemos este número de la RTS a todas las compañeras y compañeros de oficio que, también con su muerte, nos han dado una lección de vida.